



Ayuntamiento de Madrid

FM
6135

ORACIÓN

DEL

AYUNTAMIENTO DE MADRID

ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA

EN LAS FÚNEBRES REALES

QUE EL EXCMO. AYUNTAMIENTO

ORACION FÚNEBRE

POR EL ALMA DE LA CATÓLICA REINA

DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON.

DE SAN FELIPE EL REAL,

EL DIA 17 DE MARZO DE 1841.

POR UN JURADO DE LA CÁMARA REINA

DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON.

POR D. M. D. MIGUEL HUERTA,

ABOGADO DE OFICIO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID.

En la Sala de Sesiones de este Ayuntamiento, a las 12 de la noche del día 17 de Marzo de 1841.

Yo, D. M. D. MIGUEL HUERTA, Abogado de Oficio del Excmo. Ayuntamiento de Madrid, he leído y he visto que es conforme a lo que se acordó en la Sesión de este Ayuntamiento celebrada el día 17 de Marzo de 1841.

ORACION FÚNEBRE

POR EL ALMA DE LA CATÓLICA REINA

DOÑA MARÍA LUISA DE BORBÓN

ORACION FÚNEBRE
PRONUNCIADA
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS
QUE EL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE ESTA MUY NOBLE, MUY LEAL, MUY HERÓICA,
IMPERIAL Y CORONADA VILLA DE MADRID,
C E L E B R Ó
EN LA IGLESIA DE PADRES AGUSTINOS
DE SAN FELIPE EL REAL,
EL DIA 27 DE MARZO DE 1819,
POR EL ALMA DE LA CATÓLICA REINA
DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON,
P O R
EL R. P. M. FR. MIGUEL HUERTA,
*Examinador Sinodal del Consejo Real de las Or-
denes, y Predicador del Rei nuestro Señor,
del Orden de San Agustin.*

M A D R I D.
IMPRESA DE REPULLÉS.

1819.

Ayuntamiento de Madrid

128.551/2

ORACION FUNEBRE
PRONUNCIADA
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS
QUE EL EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE ESTA MUY NOBLE, MUY LEAL, MUY HERÓICA,
IMPERIAL Y CORONADA VILLA DE MADRID,
O F I C I O
EN LA IGLESIA DE PADRES AGUSTINOS
DE SAN FELIPE EL REAL,
EL DIA 27 DE MARZO DE 1819.
POR EL ALMA DE LA CATÓLICA REINA

DOÑA MARÍA LUISA DE BORBÓN,
POR
EL R. P. M. Fr. MIGUEL HUERTA,
Examinador Sinodal del Consejo Real de las Or-
denes, y Predicador del Rey nuestro Señor,
del Orden de San Agustín.

M A D R I D
IMPRENTA DE REPULLES

1819.

Ayuntamiento de Madrid



R/122.891

Mulie

Pr

P

este re
dado
gar do
monio
con q
llage d
bilitan
cas ve
de esta
la fru
ánimo
de can
plo pa
en fav
Po
debo
cuanto
un mu
grand

Mulier timens Deum , ipsa laudabitur.

Prov. 31, v. 30.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR.

Pocas veces he subido á la eminente altura de este respetable sitio, único asilo que casi ha quedado ya á la voz deliciosa de la verdad, el solo lugar donde su celestial idioma hace resonar sus armoniosos acentos, descargados de aquel infame peso con que la adulacion, la lisonja y un fastuoso follage de vana elocuencia la oprimen torpemente, debilitando su nervio, y haciéndola sospechosa; pocas veces, digo, he anunciado la divina palabra desde esta cátedra santa con tanta confianza de hacerla fructuosa, ni con tan alegre satisfaccion de mi ánimo, como en este dia en que la caridad, la grande caridad nos ha reunido en este magestuoso templo para implorar las misericordias del Dios criador en favor del hombre.

Porque ¿qué no deberé prometerme? ¿qué no debo esperar de mi discurso al considerar que todo cuanto se presenta á mis ojos habla al corazon con un mudo, pero elecuente language, y publica lo mas grande, lo mas sublime que tiene la religion, lo mas

consolador para el hombre, siempre animado de la infalible certeza de morir, y de presentarse algun dia ante el Dios justo, que ha de residir sus justicias y sus delitos ?

La caridad, este don inefable, descendido del cielo á la tierra para bien y consuelo del humano linage, dividido cruelmente por los intereses de sus pasiones ; la caridad, este vínculo sagrado , que une y enlaza los hombres entre sí, haciendo de todos una sola familia, animada de unas mismas ideas, de unos mismos sentimientos y de unos mismos deseos; la caridad, por la que el cristiano, á no abjurar la religion, á no renegar de Jesucristo y blasfemar del evangelio, no puede menos de tolerar los defectos de los demas hombres sus hermanos, de escusar sus extravíos , y de atribuir á un fin bueno y honesto lo que la evidencia no le obliga á condenar: la caridad, por la que todo hombre cree sin violencia todo el bien que le dicen de otro , y nunca desespera de su salud, sino que confia fundadamente en que Dios le mirará con ojos de misericordia; la caridad, cuyas miras no se limitan á lo presente, sino que se extienden mas allá de la vida de los hombres, inspirando sus tiernos y amorosos oficios en favor de los que arrebató la muerte; la caridad. . . Esto es todo lo que descubren mis ojos en este fúnebre aparato, triste recuerdo de lo que es el hombre, é imágen de la muerte.

¿Y desmayaré yo en este día? ¿Se arredrará mi corazón, cuando todo concurre á confortarlo? ¡O augusta caridad! ¡El hombre mas feroz, el corazón mas implacable, mas inhumano y cruel, no, no resistirá nunca á tus cordiales demostraciones! ¿Cómo pues, cómo yo, no insensible á su amable lenguaje, he de decaer de ánimo en este día y en este templo, donde todo la predica, todo la intima, todo la persuade? no: veo que aún humea en el altar del Dios eterno y omnipotente la sangre del cordero, que acaba de inmolar el Pontífice santo con la espada del amor, de la cordialidad y compasion: la veo derramada por los pecados del hombre.

Aun resuenan en nuestros oidos los dulces cánticos con que la mas tierna y amorosa de todas las madres reclama de su inmortal esposo los preciosos frutos de su inalterable amor. Observo este magnífico y decoroso mausoléo, símbolo de la consoladora esperanza de nuestra resurreccion en el último día; y cuando reparo detenidamente sus hermosas y variadas formas, veo la caridad demostrando en su apatitud que ella, ella sola es el alma que le anima. Os veo á vosotros, católicos, adornados de un exterior modesto y silencioso, viva expresion de aquellos tiernos y compasivos sentimientos que penetran al cristiano, cuando por un efecto de su piadosa sensibilidad pide al Dios de la clemencia por la salvacion de sus hermanos difuntos.

Y cuando todo respira caridad, compasion, beneficencia y dulce amor fraternal; cuando todo nos inspira y nos mueve eficazmente á interesarnos en lo que nos es á todos tan connatural y tan análogo á nuestras religiosas ideas, en el alivio y socorro de las penas con que la justicia de Dios purifica á los que durmieron el santo sueño de la paz; cuando todo se dirige á aliviar á nuestro prógimo necesitado, ¿no he de creer yo que mis palabras han de ser fructuosas? ¡Ah! hablo á un pueblo cristiano y católico; á unos fieles que se glorían de adorar á un Dios, cuyo nombre es *el Dios que perdona*; á unos hombres que profesan una religion de caridad y de paz, que nada prefieren á los deberes imprescriptibles del amor para con sus semejantes, y que los saben amar como á sí mismos.

Si alguno de mi auditorio se halla decidido con obstinacion á ahogar sacrílegamente estos sacrosantos principios, cuya práctica distingue al cristiano del infiel, y al católico del mahometano; si alguno... me es muy violento decirlo; si alguno en su corazon no advierte ninguna de estas generosas y cordiales disposiciones, que tanto honran al cristianismo y á sus profesores, mis palabras no se dirigen á él.

Hablaré, Excelentísimo Señor, á los que se prestan amorosos á las insinuaciones de la caridad. A estos diré que el Dios justo, ante cuya presencia ningun viviente podrá creerse justificado, y que in-

variable en la ejecucion de la terrible sentencia pronunciada contra el primer pecador, exige de todos los mortales la paga y sueldo del pecado; el Dios justo terminó los dias de la muy alta y muy poderosa Señora DOÑA MARÍA LUISA, augusto é ínclito vástago de la esclarecida y REAL estirpe, que ha tantos años ocupa gloriosamente el brillante y magestuoso trono de la monarquía de las Españas; española por descendencia; nuestra REINA y SEÑORA por espacio de veinte años; madre de nuestro amado y virtuoso Monarca DON FERNANDO VII; y que en sus dias fue como una vid abundante que produjo para nuestro consuelo y felicidad renuevos preciosos, hijos de hijos que ennoblecen los dos hemisferios.

Sí, católicos; el cielo arrebató, sacó de entre los mortales, y para siempre, á DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON: murió la REINA Madre. La capital del orbe cristiano lloró el dia 2 de Enero de 1819, como un dia que la privó de la presencia de una ilustre matrona que la engrandecía. ¡Qué suceso tan propio para estimular la religiosa piedad, la caridad cristiana de nosotros, que fuimos un dia su pueblo y vasallos, y que hoy nos reconocemos deudores suyos con relacion á no defraudarla de nuestros sufragios y oraciones! ¡qué muerte tan digna de nuestra piadosa sensibilidad! ¡murió la REINA madre...? ¡Ah! basta, basta á un español, benéfico por carácter,

generoso por inclinacion, y católico por predileccion particular de su Dios: á un español, que siempre ha vivido unido á sus Reyes mas por amor que por obligacion, le basta saber que la augusta madre de su amado MONARCA ha pasado de esta vida á la eternidad, para postrarse gustoso ante el trono de la divina clemencia, y pedir á su Dios que la salve, que la aplique los méritos de la sangre de Jesucristo, que la saque del lugar de los tormentos, y la conduzca misericordioso á la mansion de la gloria.

Los católicos españoles no necesitan nunca de otros motivos mas nobles ni mas justos para interesarse en la salvacion de los que salieron de este mundo, donde saben que no hay ni uno solo que no sea pecador: en ningun tiempo han necesitado mas que acordarse de que tambien ellos han de esperar un día los socorros de los vivos. Esto solo los ha movido siempre á prodigar su caridad hasta en favor de los que acabaron sus días en un infame patíbulo. Es el distintivo honroso que nos hace recomendables á las demas naciones; el carácter que distingue á los verdaderos cristianos de los que no conocen á Dios.

Con efecto, Excelentísimo Señor, estos cultos religiosos, ordenados á hacer propicia la divinidad para con el alma de DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON; estas exequias, viva expresion de la católica creencia de la muy noble, muy heroica é imperial Villa de Madrid; esta pompa fúnebre es una demostracion

pública de nuestra fe con relacion al dogma católico de la inmortalidad, por el que sabemos que las almas de los que nos han precedido, como compradas con un precio tan costoso, con la sangre de todo un Dios, son preciosos objetos de nuestro amor y de nuestra cristiana caridad. Y yo, destinado por la Providencia para honrar la memoria de DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON, y hacer interesar en su suerte póstuma á los que han concurrido á oir mis palabras, no debo ocuparme de otro pensamiento que del que me prescribe la imperiosa caridad.

Este es, católicos, el objeto principal de mi discurso, piadoso en sus motivos, santo en sus fines, y sumamente agradable á Dios en sus consecuencias. En él no ocupará lugar alguno, ni aun el mas mínimo, ni la adulacion, ni la mentira; pero tampoco lisonjeará el impío y anticristiano corazon de los que pretenden y desean que el cuerpo de Jesucristo se vea deshonorado en sus miembros: á este fin propongo á vuestra atencion dos verdades incontestables, exentas de toda ambigüedad, y que forman un bello elogio.

Primera. DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON no olvidó nunca el conocimiento de Dios.

Segunda. DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON murió en el conocimiento de Dios.

Dos proposiciones que demostraré con hechos indudables; los mismos que hacen honrosa su me-

..

moria, y que reclaman toda nuestra caridad.
 ;Dios clemente! Vos, á quien nada ofende tanto como la dureza é inhumanidad de los que cierran sus oídos á las voces lastimeras que les dirigen sus hermanos desde el fondo del sepulcro: ;Dios de amor! auxiliad á vuestro ministro; concededle vuestra gracia; y vosotros, católicos, vuestra cristiana atencion.

I.

Propongo, Excelentísimo Señor; propongo á la REINA DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON siempre adornada de la mas hermosa cualidad que ennoblece al hombre mientras vive en la tierra, y la que le da un derecho sagrado é inviolable al amor y benevolencia de sus semejantes. La presento, católicos, á vuestra atencion bajo un punto de vista que ninguno puede desconocer, esto es, animada del conocimiento del Dios verdadero, y de aquel conocimiento del que dice el Espíritu Santo, *el conocerte á tí, ó Dios mio, es justicia* (1) consumada,

(1) Sapient. 15. 3.

y el saber tu justicia y tu poder es la raiz de la inmortalidad. Porque si yo intentase convencer en su augusta persona aquel conocimiento de Dios, que solo se extiende á puras exterioridades de credibilidad, de las que aun aquellos impíos que *dicen en su corazon no hay Dios* (1), se hacen como un deber para mejor gozar de su loca libertad, con solo decir que fue REINA de España concluiría su elogio; pues que en esta sola frase diría que vivió en un Reyno donde ni se admiten, ni se toleran, ni permitirán nunca espíritus irreligiosos, prosélitos de la incredulidad, hombres que se proponen en sus abominables estudios anonadar y destruir lo que los cielos publican con un language inteligible á todos los pueblos de la tierra.

Este conocimiento es puramente natural: los hombres le adquieren por las solas luces de su razon; y no hay ni ha habido una nacion tan embrutecida, tan bárbara y estúpida que no haya hecho de él una de sus primeras leyes. Pero este conocimiento, como destituido de la luz de la fe que le vivifica, de nada sirve para la vida eterna: no exime al hombre de una condenacion cierta; y de consiguiente sus semejantes cesaron en su muerte de estar obligados á dispensarle los comunes servicios de su caridad.

(1) Ps. 13. 1.

El conocimiento de Dios, que siempre animó á nuestra REINA DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON, y por el que no podemos prescindir de ejercer en su auxilio y socorro nuestro cordial amor sin ser injustos y criminales, es aquel que prescribe el evangelio, y consiste en temer á Dios y esperar en su misericordia. ¿Y quién lo duda? ¿quién, digo, puede dudar de que este conocimiento de Dios residió siempre en su Real persona? ¿olvidó jamas su corazon que hay un Dios justo y misericordioso á quien el hombre debe temer y amar? ¿fueron vanas ó estériles en su alma aquellas verdades religiosas, por las que el que conoce á Dios se hace un justo apreciador de sus celestiales bondades?

¡Ah! fueron muy profundas las piadosas impresiones que hizo en su espíritu la sabia y cristiana educacion que le procuraron sus augustos padres, los Grandes Duques de Parma, por el ministerio y enseñanza de un hombre profundísimo, y de una celebrada precision en dictar reglas exactas para adquirir el arte de pensar. Fueron muy santas las lecciones de virtud que recibió en la primera edad; y estas, aun cuando el mundo con sus alhagos encantadores, y los malvados con su infernal seduccion, se obstinen en sofocarlas en los hijos de los hombres, nunca logran extinguirlas. Siempre quedan en el corazon ciertas semillas de orden y rectitud, que si no sirven á conservar en su perfeccion

el temor de Dios, á lo menos impiden se apague del todo. Siempre ejercen su saludable accion por medio de los estímulos de la conciencia, los que tarde ó temprano hacen que tema á Dios, y busque en su misericordia sus verdaderos bienes.

Las instrucciones recibidas en la infancia, no hay duda, siempre son fecundas en frutos saludables, mayormente cuando el corazon que las recibe se halla dotado de perspicacia, de despejo, de agudeza y de penetracion; dotes y gracias con que el cielo enriqueció á la REINA madre; prendas que si los hombres todos las empleásemos en los fines rectos para que nos las concedió el Altísimo, nuestra vida seria irrepreensible, nuestras obras justas, y nuestras costumbres inocentes; pero por desgracia, harto comun en nuestros dias, son muy pocos los que no abusan de ellas casi desde el momento en que su razon comienza á manifestarse. Jóvenes de distinguido y alto nacimiento, con apreciables disposiciones segundadas de una buena educacion, hacen desde sus mas tiernos años su gloria de su ignominia, su honor de su oprobrio, y de la religion el objeto de sus impías burlas.

De esta monstruosa desgracia se vió enteramente libre la REINA madre. Su juventud fue en Parma, como lo es la de toda jóven que nunca olvida el conocimiento de Dios, que siempre teme su santo nombre, y jamas desconfia de su misericor-

dia: piadosa, inclinada á lo bueno, exacta en cumplir diariamente y con religiosidad los ejercicios y prácticas de devocion que inspira el evangelio, y que la iglesia inculca frecuentemente á sus queridos hijos. Todavía se conserva entre los parmesanos la memoria interesante de la cristiana juventud de la PRINCESA MARÍA LUISA, y aun acaso permanecerán recientes las lágrimas que derramaron cuando la Divina Providencia, y no las manos de los hombres, cuando Dios nuestro Señor la trasplantó á nuestra España.

¡Ah! Seamos justos, católicos: no desmintamos nuestra fé: demos gloria á Dios: el Señor es celoso de su honor, y no se olvida nunca de lo que el hombre vil y despreciable le promete, y lo que se digna aceptar en su bondad. Nosotros bendecimos á Dios con inmortales y no interrumpidas acciones de gracias cuando nos vimos engrandecidos con la gallarda presencia de la PRINCESA DE ASTURIAS DOÑA MARÍA LUISA: nosotros prometimos en presencia de los altares una fidelidad inviolable, y de consiguiente una caridad sin límites hácia su augusta persona; y *esta caridad (1) nunca fenece, nunca debe fenecer, aun cuando se acaben las profecías, cesen las lenguas y se destruya la ciencia.* Nosotros juramos amor constante á la PRINCESA DE ASTURIAS.

(1) 1. Corint. 13. 8.

Las bibliotecas públicas y privadas; los archivos de todas las ciudades y pueblos de la Monarquía; todas las corporaciones eclesiásticas, civiles y militares; nuestros periódicos son fieles testigos de este juramento de fidelidad, el que renovamos llenos de júbilo y de gozo en la época en que subió al trono. La elocuencia agotó entonces en nuestros sabios todas sus riquezas para celebrar con elogios, y la poesía todas sus bellezas para cantar la generosa caridad de la REINA para con las viudas, huérfanos, infelices y menesterosos. Hasta en los mas escondidos ángulos de la Península se hacia sabrosa conversacion de la afabilidad con que recibia á todos los que concurrían á depositar en su Real seno ó su vergüenza ó su miseria. No hubo entonces uno solo que habiendo logrado su audiencia, no refiriese con asombro y admiracion la delicadeza con que se instruía, se enteraba y se informaba hasta de los mas pequeños por menores de su solicitud.

¡Qué razon tan despejada! este fue el lenguaje comun de todos: ¡qué perspicacia la de la REINA! nada huye á su penetracion: ¡qué corazon tan grande el suyo! así hablaron entonces los que solicitaron sus bondades. Estos encomios, vosotros, católicos, muchos de vosotros lo sabeis porque los visteis, y vuestros oidos los oyeron: estos encomios fueron incesantes: ocuparon muchos años vuestros labios, y vuestra cristiandad los creyó debidos á

los virtuosos sentimientos que penetraban el corazón de la REINA madre; á aquellos sentimientos que son peculiares de los que conocen á Dios, de los que le temen, y esperan en su misericordia.

El tiempo, que todo lo consume, que todo lo devora y sepulta en la noche eterna del olvido; las vicisitudes é inconstancia de las cosas humanas, que nada respeta, aun lo mas santo y sagrado; la ninguna estabilidad y permanencia que caracteriza á los hombres, y de la que ninguno... no nos engañemos, católicos: no nos dejemos deslumbrar de nuestro injusto orgullo: no quememos sacrilego incienso en las locas aras de nuestro amor propio. La ninguna estabilidad que nos es á todos connatural pudo hacer que estos frutos, que el conocimiento de Dios produjo en la REINA madre, se empañasen; y la meledicencia, que siempre ha sabido conservar en las cortes hombres injustos que defraudan á sus príncipes de los elogios que la justicia reclama en su favor, hasta graduar de excesiva adulacion las alabanzas que merecen; la maledicencia, que se cree autorizada para acriminar las mas irreprehensibles acciones de los ungidos del Señor, habrá podido anonadarlos. Pero ¡y qué! ¿no conservan su frescura y primitivo verdor los que su caridad cristiana hizo nacer en la Cárcel de Corte, donde...? ¡Perdonable humanidad! ¡débil naturaleza humana! ¡tu corrupcion cundirá hasta la clase mas hermosa y

bella! muchas desgraciadas jóvenes llorarán oprimidas del peso amargo de su debilidad y extravios; pero la REINA madre enjugará sus lágrimas, haciendo preparar una sala en la Cárcel de Corte, defendida del sigilo, guardada del silencio, y guarnecida de las centinelas de la caridad y compasion. Su generosidad irá mas lejos. Los tiernos é inocentes frutos del crimen hallarán quien los fomite y robustezca; la Real casa de la Inclusa. Las amables plantas que los producen no escasearán asilos donde expiar saludablemente su fragilidad; la Real casa de las Arrepentidas.

¡Ah! si como estos rasgos gloriosos de su católica generosidad, y del conocimiento que tuvo de Dios, permanecen siempre vivos, hubieran logrado igual fortuna los que su cristano fervor hizo brillar en la época en que el temor de Dios y la esperanza de su misericordia.... ¡Oh! ¡Gran Dios! ¡Dios de amor, á quien nada agraba tanto como la caridad para con las almas que mientras vivieron no olvidaron nunca ni tu poder ni tu justicia! ¡Dios de caridad! ¿por qué no hicisteis que fuesen conocidos de todos vuestros siervos los españoles aquellos dias, dias de maravillosa edificacion en que vuestra sierva DOÑA MARÍA LUISA...? ¡Reales guardias! ¡fieles centinelas del Real Palacio! no, no os afaneis por saber quién es ese pobre y andrajoso eclesiástico que todos los dias al amanecer, sin cuidarse de las llu-

...

vias de la nieve y del yelo, os sorprende entrando silencioso, y subiendo á Palacio. ¡Nobles criados! destinados al servicio del oratorio de damas! ceded, ceded á la repugnancia que opone vuestro corazon á la curiosidad, que os hace desear el conocimiento de esa muger, que os mueve á pretender saber quien es esa jóven que tan de mañana, y bajo un traje humilde y honesto, recibe con tanta frecuencia el sacramento de la reconciliacion. Ese eclesiástico es un sacerdote ejemplar, es un sabio, acaso el mayor de toda la Europa : esa jóven es la REINA DOÑA MARÍA LUISA. ¿Por qué, ¡Señor, ó Dios mio! por qué habrá estado oculto este rasgo del conocimiento que tuvo siempre de Vos la REINA madre? ¿por qué nõ duraria. . . ? ¡ah! ¡lloremos, católicos, lloremos nuestra humana inconstancia!

Pidamos al Señor nos sostenga con su gracia, sin la que los deseos mas fervorosos, los propósitos mas santos, las mas edificantes resoluciones no serán nunca en nosotros mas que unas luces que desaparecen al mismo tiempo que se manifiestan. No nos olvidemos de que, si este divino auxilio no nos socorre, si el Espíritu Santo no corrige con su virtud omnipotente la viciosa inclinación de nuestra voluntad, todas las gracias exteriores, reunidas á los mas grandes conocimientos, no podrán nunca, ni apartarnos del mal, ni aplicarnos al bien.

Hagamos valer en nuestro corazon las verdades

que nos inspira el conocimiento de Dios; por las que sabemos que el Señor subtrae algunas veces, y priva á sus escogidos del socorro de sus gracias, negándoles su auxilio por un justo juicio. Acordémenos para nuestro consuelo, que esta privacion es en los planes de su misericordia un beneficio; pues que sirve á mantenerlos en la humildad, á hacerlos mas perseverantes en la oracion, y á esforzarlos á apreciar debidamente las mas pequeñas de sus inspiraciones. Confesemos á consecuencia que esta substraccion de la gracia, que algunas veces notamos en nuestros semejantes, léjos de autorizarnos para escandecernos contra sus flaquezas, debe estimularnos á ejercer la caridad hácia ellos, mayormente si Dios los ha colocado sobre los demas; esto, como dice el Apóstol hablando del amor é indulgencia que debemos á *los Reyes y á los que estan puestos en altura, es bueno y honesto delante de nuestro Dios Salvador* (1). Este es un deber inviolable: lo ordena la caridad; y el pueblo, que no descuida su cumplimiento, merecerá siempre el honroso dictado de heróico.

Este augusto dictado, ¡noble y generosa capital del imperio español! este honroso título, el título de heróica, que por tantos medios has merecido, ¡ó Villa de Madrid! le ganastes colmándote en los días 19, 20 y 21 de Marzo de 1808. ¡Qué pueblo tan

(1) 1. Thimot. 2. 2. 3.

sabio! ¡Ah! en aquellos días se vió de un modo solemne que hasta los menestrales y artesanos españoles saben que los Reyes, como establecidos por Dios, de quien es una emanación su autoridad Real, deben ser obedecidos religiosamente y respetados de sus vasallos; que nuestro deber, hagan el uso que quieran de su poder, es amarlos y rogar á Dios por ellos; y que como dice Jeremías, *los que dicen á los demas no sirvais al Rei de Babilonia, son falsos profetas que hablan mentira* (1). Estas verdades fueron públicas en aquellos días; ¿pero cómo? ¡Ah! un mudo y profundísimo silencio salió entonces de entre la lisongera confusion y alborozada alegría de todos los que nos hallamos presentes: un silencio que se propondrá á las generaciones futuras, como un monumento público, como un testimonio inconcuso de la cristiana caridad de los madrileños para con la REINA madre.

¿Y cómo menos? DOÑA MARÍA LUISA era madre de nuestro ansiado REI FERNANDO VII. DOÑA MARÍA LUISA era católica; conocia á Dios; temia su santo nombre; su alma era objeto del amor del Dios de la misericordia. ¿Y no lo habia de ser del de sus vasallos? ¡Ah! los habitantes de Madrid saben qué es lo que les ordena la caridad, y esto les basta para reverenciarla con el silencio, y darla prue-

(1) Jerem. 27. 9. 10.

bas de su amor. ¿Y las rehusaremos hoy? Católicos: escasearemos nuestros caritativos y religiosos servicios á la REINA madre hoy que la contemplamos vuelta á las manos del que la crió? ¿y que sabemos murió en el conocimiento de Dios? Es mi segunda proposicion, que manifestaré en dos palabras.

II.

Seria inútil, Excelentísimo Señor, seria enteramente ocioso, y de ninguna utilidad, ni aun aparente, el referir lo que la caridad mira como ajeno de sus cordiales oficios, los varios y desemejantes sucesos que la condujeron á la capital del cristianismo. Haria yo una notable injuria á la piedad de V. E: obraria en contrario sentido á la devocion de vosotros, oyentes, si me emplease en otra cosa que en lo que publica vuestra caridad, en la salvacion de la REINA madre. ¡O qué abuso tan sacrilego y horrible haria yo de mi ministerio, si me ocupase en examinar aquellas acciones de la REINA madre, que pudieron influir directa ó indirectamente en

la suerte de la monarquía!!!! Su salvacion, la vista de Dios, cuya posesion sostiene al cristiano durante su vida, y que es fruto del temor de Dios y de la confianza en su misericordia: la salvacion de la Augusta Madre de nuestro REI y SEÑOR, es lo que debe ocupar y ocupa con efecto toda nuestra atencion: su salvacion, la que debemos creer piadosamente habrá conseguido, ó que conseguirá con el socorro de nuestra caridad, previo el conocimiento de Dios, que la animó en su muerte.

¡Oh! ¡qué edificante! ¡qué muerte tan deseable y ejemplar! ¡cuán propia para enardecer la caridad de aquellos que, instruidos en las bellezas consoladoras de la religion, saben que el Dios de misericordia espera muchas veces este momento terrible para conducir á los que le conocen, y asociarlos á la gloria eterna! ¡Ah! el Señor, juez justo y paciente que *visita con la férula y el castigo á todo hijo que (1) reconoce por suyo*: que castiga á los que ama, no como juez inexorable, sino como Padre tierno y amoroso, la probó en sus últimos años con la tribulacion para purificarla. Continuos y amargos dolores; una enfermedad que á cada paso le presentaba mayores penas y agudísimas angustias. . . ¡qué sumision tan perfecta á las disposiciones de Dios! ¡qué paciencia la suya! ¡con qué resignacion sufrió sus dolorosos

(1) Hebreor. 12. 5.

males! con la conformidad que es inseparable al conocimiento de Dios sobrellevó estas duras pruebas que el cielo envía sobre los que temen al Señor, y esperan en su misericordia. Con la misma inalterable resignacion recibió la noticia de su próxima muerte. Apenas la intiman que se acercaba. ... ¡qué espectáculo tan interesante á la religion!

¡Angeles del cielo! que os regocijais cuando el hombre pecador reclama la aplicacion de la sangre de Jesucristo; vosotros, que presenciasteis la muerte de DOÑA MARÍA LUISA DE BORBON, decidnos, ¿conocia entonces al verdadero Dios? ¡oh, y con qué conocimiento tan digno de la Magestad divina! Toda ocupada del temor santo del Señor, y toda esperanzada en su misericordia, clava sus ojos en la imágen de Jesucristo: le contempla un largo rato. le mira sin moverse como arrobado su espíritu, como suspensos sus sentidos; y cuando su Real servidumbre esperaba los ocupase en procurarle su alivio, la ven que se esfuerza sobre sí misma, que con un tono y lenguaje fuerte les dice: *¡hijos, ved el fin de las criaturas! ¡ved á lo que viene á parar la gloria del mundo! á una muerte cierta, á la que sucede prontamente la sentencia decisiva de la eternidad!* ¡Hijos, añadió cubiertas sus mejillas de lágrimas, hijos, os ruego me perdoneis! Por este divino Señor crucificado, que tengo en mis manos, os suplico que me perdonais.

No es este tiempo, dijo á una persona que le presentó un rico abanico para que con su ayuda calmase el ardor precursor fatal de la muerte, que la angustiaba; *no es este tiempo ya el tiempo de las vanidades: es la hora de la eternidad*. Le desechó de sí con saludable y santa indignacion, y á breve rato espiró.

¡Dios eterno! ¡Padre amantísimo! ¡Dios clemente, que segun la muchedumbre de tu misericordia, os dignais asociar á vuestra gloria á las almas de los que redimisteis con la sangre de tu Hijo! recibid, recibid la de vuestra sierva. Vos sabeis que aunque rodeada de todos aquellos escollos que extravian; de todos aquellos peligros y tentaciones que seducen y corrompen; aunque viviendo siempre entre las seductoras delicias de la infame Babilonia del mundo; en medio de las riquezas, de la autoridad y del poder; y mas que todo, en medio de los discursos envenenados de la adulacion, que derriba al mas fuerte, sin dejarle arbitrio para despreciarlos y remontarse sobre sus irresistibles furores; Vos sabeis que nunca os olvidó; que siempre temió vuestro poder y vuestra justicia, y que la esperanza en vuestra misericordia residió en su corazon; Vos sabeis que el cielo por vuestro honor y por vuestra gloria, no fue estéril en su alma: enriqueció muchos templos, fomentó vuestro culto, promovió la cristiana devocion, y hermoseó muchos santuarios.

Admitidla pues, Señor, á la celebridad, al festin eterno y dichoso de las bodas del Cordero, con cuya sangre la comprasteis, haciéndola vuestra conquista y herencia. ¿Herireis, Dios justo, cuando la sangre de vuestro amantísimo Hijo clama á Vos y pide misericordia? ¿vuestro rayo no respetará las tiernas voces con que doce millones de almas reclaman vuestra paternal clemencia? ¡Ah! Vos jurasteis por vuestro santo nombre que los ruegos de los que os aman y os temen nunca serian desatendidos.

Recibid benigno y piadoso los de vuestros siervos, los católicos españoles. Prestaos propicio á las súplicas con que vuestra católica nacion, en union con los amables hijos de vuestra Sierva, nuestro Católico MONARCA y su Real familia, reclama vuestras misericordias; apiadaos de la REINA madre. Sea agradable á vuestra divina presencia la tierna caridad de los fieles habitantes de la heroica capital de vuestro predilecto reino; la caridad con que nos interesamos en la salvacion de la que mereció morir en vuestro conocimiento, y por la que os pedimos la deis parte en vuestro triunfo y en vuestra gloria; en la que reunida con vuestros predestinados y escogidos para siempre

Requiescat in pace.

Ambos, pues, Señor, á la celebrad, al fin eterno y dichoso de las bodas del Corbato, con cuya sangre la comprareis, haciéndola vuestra conquista y herencia. ¿Herencia? Dios justo, cuando la sangre de vuestro amantísimo Hijo, llama á Vos y pide misericordia? ¿vuestro rayo no respetará las tiernas voces con que doce millones de almas ruegan vuestra paternal clemencia? ¡Ah! Vos jurais por vuestro santo nombre que los fuegos de los que os aman y os temen nunca serán desatendidos.

Recibid, benigno y piedadoso los de vuestros siervos, los católicos españoles. Prestaos, propicio á las solicitudes con que vuestra católica nación, en unión con los dignos hijos de vuestra sierva, nuestro Católico MONARCA y su Real familia, reclama vuestros misericordias; apiados de la férrea madre, Sea agradable á vuestra divina presencia la tierna caridad de los fieles habitantes de la heroica capital de vuestro predilecto reino; la caridad con que nos interecemos en la salvación de la que mereció morir en vuestro conocimiento, y por la que os pedimos la déis parte en vuestro reino y en vuestra gloria; en la que reunida con vuestros predestinados y escogidos para siempre, en la eternidad.

Requiescat in pace.

A
lin
cuya
quie
sano
pide
tiern
man
por
os
H
los
pica
con
tolic
tras
para
dad
vues
tates
en
la
en
cogi

120 C

Ayuntamiento de Madrid

I.D. 1200007616



Oración N^{ra} Luisa

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200009616